

LA ESENCIA DEL NEOLIBERALISMO***Pierre Bourdieu**

¿Se puede afirmar que el mundo económico es, tal como lo desea el discurso dominante, un orden puro y perfecto que desplaza sin compasión la lógica de sus resultados previamente establecidos, y que está listo a reprimir toda infracción por medio de sanciones aplicadas ya de manera automática, o ya, en casos excepcionales, por medio de sus brazos armados, el FMI y la OCDE, así como de las políticas que éstos imponen, tales como la disminución del costo de la mano de obra, la reducción del gasto público y la flexibilización del trabajo? ¿Y si no fuera en realidad otra cosa que la puesta en práctica de una utopía, y el neoliberalismo se hubiera convertido entonces en un *programa político*, pero al mismo tiempo se tratara de una utopía que apoyándose en la teoría económica de la cual se reclama, llegara a imaginarse como la descripción científica de lo real?

Esta teoría tutelar es una pura ficción matemática fundamentada desde el inicio en una formidable abstracción, aquella que evocando el nombre de una concepción tan literalmente tomada como estrecha de la racionalidad identificada así con la racionalidad individual, consiste en poner entre paréntesis las condiciones económicas y sociales que encierran las disposiciones racionales y las estructuras económicas y sociales que son la condición de su aplicación.

Basta pensar en el solo sistema de enseñanza para tener la medida de la omisión, porque éste no es tomado jamás en cuenta *como tal*, y hablamos de un tiempo en el que tal sistema desempeña un rol determinante tanto en la producción de bienes y servicios como en la producción de los productores. De esta suerte de falencia original, inscrita en el mito walrasiano de la “teoría pura” se desprenden todos los vacíos y las transgresiones de la disciplina económica, así como la obstinación fatal que ella desencadena por el solo hecho de existir, para generar una oposición arbitraria entre la lógica propiamente económica fundada sobre la competencia y obligada a la eficacia, de un lado, y la lógica social que se ve sometida a la regla de la equidad, de otro.

Expresado así, esta “teoría” desocializada y deshistoricizada en el origen posee hoy más que nunca los medios de *realizarse*, de hacerse empíricamente verificable. En efecto, el discurso neoliberal no es un discurso más. Como en el discurso siquiátrico en el asilo, según Ervin Goffman, es un *discurso fuerte* que no es tan fuerte ni tan difícil de combatir si no fuera porque tiene a su favor todas las potencias de un mundo de relaciones de fuerza que contribuyen a hacer de él lo que es, sobre todo cuando orienta las preferencias económicas de aquellos que dominan las relaciones económicas; les agrega además a estas relaciones de fuerza la suya propia, que es puramente simbólica. En nombre de este programa científico de conocimiento, convertido en programa político de acción, se cumple un inmenso *trabajo político* (denegado, porque en apariencia es puramente negativo), que busca crear las condiciones de realización y de funcionamiento de la “teoría”: un *programa de destrucción sistemática de los colectivos*.

El movimiento se posibilita a través de la política de desregulación financiera, en marcha hacia la utopía liberal de un mercado puro y perfecto; se lleva a cabo a través de la acción transformadora y, hay que decirlo, *destructora* de toda medida política (la más

* Traducido de *Le Monde Diplomatique* (marzo de 1998) por Libardo González, miembro del Comité de Redacción de la *Revista Colombiana de Educación*.

reciente es el AMI, Acuerdo Multilateral sobre la Inversión, que busca proteger a las empresas extranjeras y a sus inversiones y va en contra de los Estados nacionales) que pretende cuestionar todas las estructuras colectivas que puedan obstaculizar la lógica del mercado puro. Entre ellas se encuentran: a) la nación cuyo margen de maniobra no cesa de recortar; b) los grupos de trabajo que afecta a través, por ejemplo, de la individualización de los salarios y las carreras en función de las competencias individuales y la atomización de los trabajadores que ello desencadena; c) los colectivos de defensa de los trabajadores, los sindicatos, las asociaciones, las cooperativas; d) la familia misma, la que pierde una parte de su control sobre el consumo a través de la constitución de mercados por rangos de edad.

El programa neoliberal extrae su fuerza social de la fuerza político-económica de aquellos individuos cuyos intereses representa, tales como los accionistas, los operadores, los financistas, los industriales, los políticos conservadores o incluso socialdemócratas convertidos a las concesiones tranquilizantes del *laissez-faire*. También están los altos funcionarios del sector financiero, empeñados en una política que conduce a su propia tumba, pero, a diferencia de los cuadros empresariales, ellos no corren ningún riesgo de tener que pagar eventualmente las consecuencias. Este programa neoliberal tiende a fortalecer la brecha entre la economía y las realidades sociales y a construir de esta manera un sistema económico en la realidad que corresponda a la descripción teórica; es decir, se trata de una suerte de maquinaria lógica que se presenta como una cadena de restricciones que cohiben a los agentes económicos.

La mundialización de los mercados financieros adicionado al progreso de las técnicas de información asegura una movilidad sin precedentes para los capitales y brinda a los inversionistas preocupados por la rentabilidad a corto plazo de sus inversiones, la posibilidad de comparar de manera permanente la rentabilidad de las más grandes empresas y castigar en consecuencia los fracasos relativos. Las empresas mismas, colocadas bajo una amenaza permanente de ese tipo, deben ajustarse de forma cada vez más rápida a las exigencias de los mercados. Deben hacerlo bajo pena de “perder la confianza del mercado”. como se dice ahora, y perder al mismo tiempo el apoyo de los accionistas que están preocupados por obtener una rentabilidad a corto plazo y están cada vez más habilitados para imponer su voluntad a los *gerentes*, fijarles sus normas a través de las orientaciones del capital financiero, y dirigir sus políticas en materia de contratación de trabajadores, de empleos y de salarios.

De esta manera se instaura el reino absoluto de la flexibilidad, con sus reclutamientos bajo contratos a término fijo o las ocupaciones interinas y los “planes sociales” de relleno, así como en el seno de las empresas se da la competencia entre filiales autónomas, entre equipos compelidos a la polivalencia y, finalmente, entre individuos a través de la individualización de la relación salarial: fijación de objetivos individuales; conversaciones individuales de evaluación; evaluación permanente; alzas individuales de salario u otorgamiento de primas en función de la competencia y el mérito individuales; carreras individualizadas; estrategias de “responsabilización” tendientes a asegurar la autoexplotación de ciertos cuadros que siendo simples asalariados bajo fuerte dependencia jerárquica, son al mismo tiempo considerados como responsables de sus ventas, sus productos, sus sucursales, su almacén, etc. y actúan a la manera de “independientes”; exigencia de “autocontrol”, que amplía la “integración” de los asalariados, según las técnicas de “la gerencia participativa”, que va más allá de las tareas previstas para el cargo. Existen otras tantas técnicas de sujeción racional que concurren a debilitar o abolir las señales y las solidaridades efectivas, imponiendo las

sobrecargas en el trabajo, y no sólo en los puestos de responsabilidad o en el trabajo de emergencia.

La institucionalización práctica de un mundo darwiniano de la lucha de todos contra todos a todos los niveles de la jerarquía, que encuentra los resortes de la adhesión a la tarea y a la empresa en medio de la inseguridad, el sufrimiento y el estrés, sin duda no podría tener éxito tan completo si no encontrara la complicidad de las *disposiciones precarizadas* producidas por la inseguridad de la existencia a todos los niveles de la jerarquía, incluso en los más elevados. Se da entre los cuadros sobre todo la existencia de un *ejército de reserva de mano de obra domesticado por la precarización* y la amenaza permanente del desempleo. El último fundamento de este orden económico ubicado bajo la línea de la libertad es, efectivamente, la violencia estructural del desempleo, de la precariedad y de la amenaza del despido que ella implica: la condición del funcionamiento “armonioso” del modelo microeconómico individualista reside en un fenómeno de masas, en la existencia del ejército de reserva de los desocupados.

Esta violencia estructural pesa así sobre lo que se denomina el contrato de trabajo (sabiamente racionalizado y desrealizado por la “teoría del contrato”). El discurso de la empresa no ha hablado tanto de confianza, de cooperación, de lealtad y de cultura de empresa como en una época en la que se obtiene la adhesión a cada instante desapareciendo todas las garantías temporales (las tres cuartas partes de los enganchados están a término fijo, la proporción de empleos precarizados no cesa de crecer, los despidos individuales tienden a quedar por fuera de toda restricción).

Se ve entonces cómo la utopía neoliberal tiende a encarnarse en la realidad de una suerte de maquinaria infernal, cuya necesidad se impone a los mismos dominadores. Tal como el marxismo en otro tiempo, con el cual tiene bastantes puntos comunes bajo el mismo aspecto, esta utopía suscita una formidable creencia, la *free trade faith* (la fe en el libre cambio), no solamente en los medios de quienes viven en él en forma concreta, como los financistas, los patrones de las grandes empresas, etc., sino en los de aquellos que extraen de él la justificación de su existencia, como los altos funcionarios y los políticos. Ellos sacralizan los poderes del mercado a nombre de la eficacia económica, la que exige el desmonte de barreras administrativas o políticas que puedan molestar a los detentadores del capital en la persecución puramente individual de la maximización de la ganancia individual, institucionalizada como modelo de racionalidad. Por esa razón desean bancos centrales independientes, que predicen la subordinación de los Estados nacionales a las exigencias de la libertad económica para los dueños de la economía, acompañada de la supresión de todas las reglamentaciones sobre los mercados, comenzando por: a) el mercado de trabajo; b) la prohibición de incurrir en los déficits y en la inflación; c) la privatización generalizada de los servicios públicos; y d) la reducción de los gastos públicos y sociales.

Sin que comparta necesariamente los intereses económicos y sociales de los verdaderos creyentes, los economistas tienen bastantes intereses específicos en el campo de la ciencia económica para aportar una contribución decisiva a la producción y la reproducción de la creencia en la utopía neoliberal, no importa el estado de ánimo que los asalte a propósito de los efectos económicos y sociales de la utopía que ellos revisten de razón matemática. Separados durante toda su existencia, y sobre todo por toda su formación intelectual, cada vez más abstracta, libresco y teoricista del mundo económico y social tal como es, ellos se inclinan de manera particular a confundir las cosas de la lógica con la lógica de las cosas.

Tienen confianza en modelos que en la práctica ellos mismos no han tenido nunca la ocasión de someter a la prueba de la verificación experimental; se ven impulsados a mirar desde arriba los aportes de otras ciencias históricas en las que no observan la pureza ni la transparencia cristalina de sus juegos matemáticos, y de los cuales ellos cada vez comprenden menos la verdadera necesidad y la profunda complejidad que las acompaña. De esa manera participan y colaboran en un formidable cambio económico y social cuyas consecuencias inclusive pueden causarles horror (pueden cotizar en el Partido Socialista y servir de consejeros a representantes suyos en las instancias de poder), pero eso no puede disgustarles porque, a despecho de algunas falencias, imputables sobre todo a lo que ellos llaman las “burbujas especulativas”, tienden a convertir en realidad la utopía ultraconsecuente (como ciertas formas de locura) a la cual ellos consagran su vida.

Y a pesar de todo, el mundo está allí, con los efectos inmediatamente visibles de la puesta en práctica de la gran utopía neoliberal: no sólo la miseria de una fracción cada vez mayor de las sociedades económicamente más avanzadas en las que crecen extraordinariamente las diferencias en ingresos, sino la desaparición progresiva de los universos autónomos de producción cultural como el cine, los libros, etc. Todo ello ha sido posible por la imposición abusiva de los valores comerciales, pero también y sobre todo por la destrucción de todas las instancias colectivas que puedan contrarrestar los efectos de la maquinaria infernal, en el primer rango en las cuales se encuentra el Estado depositario de todos los valores universales asociados a la idea de *lo público*. De allí surge la imposición generalizada en todas las esferas de la economía y del Estado, o en el seno de las empresas, de esta suerte de darwinismo moral que con el culto del *winner* (ganador), formado en las matemáticas superiores y en los saltos de la elasticidad, instaure como norma de todas las prácticas la lucha de todos contra todos y el *cinismo*.

¿Se puede esperar que la extraordinaria masa de sufrimientos producida por un régimen político-económico de tales proporciones se convierta un día en el comienzo de un movimiento que pueda frenar la carrera hacia el abismo? De hecho, nos encontramos aquí ante una extraordinaria paradoja: los obstáculos que se interponen en el camino de la realización de un orden nuevo, que debe producir un individuo aislado pero libre, son considerados ahora como insumos de rigideces y de arcaísmos, y toda intervención directa y consciente, por lo menos la que viene del Estado, sea ella de cualquier tipo, es de antemano sometida al descrédito, y destinada a desaparecer en beneficio de un mecanismo puro y anónimo, el mercado (del que se olvida que es también el lugar en el que se ejercen los intereses); pero resulta que en realidad la permanencia o la supervivencia de las instituciones y de los agentes del antiguo orden en vía de desaparición y toda la labor de todas las categorías de trabajadores sociales, así como todas las solidaridades sociales, familiares u otras, son las que hacen que no se hunda el orden social en el caos a pesar del volumen creciente de la población precarizada.

El paso al “liberalismo” se cumple de manera insensible, más bien imperceptible, en todos los continentes, ocultando a todas las miradas sus efectos, los más tenebrosos a largo plazo. Estos efectos se encuentran también disimulados, de manera paradójica, por las resistencias que suscita ahora de parte de aquellos que defienden el orden antiguo; por el poder de los recursos que posee; por las solidaridades antiguas; por las reservas de capital social que protegen de la caída en la anomia a toda una parte del orden social actual (capital que si no se renueva y no se reproduce, va en vía de extinción; pero no se agota de la noche a la mañana).

Pero estas mismas fuerzas de “conservación” tan fáciles de caracterizar como fuerzas conservadoras, son también desde otro ángulo fuerzas de *resistencia* a la instauración de

un orden nuevo y pueden convertirse en fuerzas subversivas. Y se puede esperar después una esperanza razonable, de lo que todavía queda de las instituciones estatales así como de las disposiciones de los agentes (sobre todo los más ligados a las instituciones, como la pequeña nobleza de Estado), fuerzas que tienen la apariencia de defender simplemente un orden caduco y sus "socios" correspondientes, como se les reprochará pronto. Éstos deben empeñarse en inventar y construir un orden social que no tenga por única ley la persecución del interés egoísta ni la pasión individual de la ganancia, si quieren pasar la prueba de fuego. Así se dará lugar a colectivos orientados a *la búsqueda racional de fines colectivamente elaborados y aprobados*.

Entre estos colectivos están las asociaciones, los sindicatos, los partidos, y cómo no dar lugar especial al Estado, al Estado nacional o para mejor decir, supranacional, es decir, europeo (etapa que marcha hacia un Estado mundial) que pueda controlar e imponerse eficazmente sobre los beneficios obtenidos en el mercado financiero y sobre todo capaz de confrontar la acción destructora que éstos últimos ejercen sobre el mercado de trabajo. Para ello tiene que organizar con la ayuda de los sindicatos la elaboración de la defensa del *interés público*. Quieran que no, es pura idea de contabilista (y en otro tiempo se diría de un "tendero") creer que hay que eliminarlo porque rompe la fórmula matemática, la que se presenta en la nueva creencia como la forma suprema del desarrollo humano.

